

Las Mentalidades en la Psicología Social

Por Gastón BOUTHOU. Profesor de la Escuela de Altos Estudios Sociales de París. Miembro del Instituto Internacional de Sociología. Traducción de Emilio Uranga.

Las estructuras mentales

LA Sociología está presente siempre en la Psicología, porque no conocemos hombre sin sociedad. Es sabido que, fundándose en esta observación, Augusto Comte pretendía suprimir inclusive la Psicología. El hombre vive toda su vida en sociedad; la entraña. Pero esta constatación ha inducido a exageraciones teóricas. De modo particular ha sucedido esto con ciertos sociólogos que exagerando el pensamiento de Durkheim han sostenido que existe una conciencia social en sí, independiente y exterior a la conciencia social, con lo que se ha llegado a propugnar una especie de mística social. Exagerando aun más esta tendencia, Gumpłowicz estimaba que no debe decirse “yo pienso” sino “se piensa en mí.”

Pero en la Sociología, como en todas las otras ciencias, no hay que hacer intervenir, sin necesidad absoluta, y en nuestras explicaciones, conceptos nuevos. Ya la escolástica, en plena Edad Media, había enunciado el sabio precepto de que “entia non sunt multiplicanda.” En nuestros días Emile Meyerson ha mostrado que uno de los fines esenciales de la ciencia es la reducción a la identidad, es decir, la reducción, por eliminación y simplificación de conceptos complicados, a ideas más simples. No podemos pues afirmar la existencia de una conciencia social sin demostrar a la vez su realidad y su absoluta necesidad lógica.

La observación directa, inmediata y objetiva, a la que en primer lugar debemos hacer un llamado, muestra que no conocemos sino hombres. Es este el primer dato que encontramos. Pero los hombres no son intercambiables. No son tampoco radicalmente heterogéneos. Su comportamiento, tanto en el orden de la acción como en el orden del pensamiento especulativo, enseña que forman grupos cuya característica principal es la *analogía de creencias, de preferencias y de conocimientos*. Si se procede por eliminación, dejando a un lado las diferencias individuales, las singularidades y las circunstancias episódicas, se encuentra siempre, según expresión de Pareto, *residuos estables* comunes a un grupo o a una sociedad dada. El conjunto de estos residuos en un grupo dado constituye su mentalidad.

La mentalidad de una sociedad forma su característica fundamental más estable. Pero la analogía o identidad de las mentalidades no deriva necesariamente, como hemos visto, de la identidad de raza, ni del hecho de habitar en el mismo país, y por consecuencia, de la semejanza física o de la vecindad. Así los pueblos de Macedonia, en que existían gentes de la misma raza, adosados en vecindad desde muchos siglos atrás, por el hecho de compartir lengua y religión diferentes, se consideraban no sólo como extranjeros, sino como enemigos.

Representaciones colectivas

La base común de la vida mental en sociedad está constituida por representaciones colectivas. Se concretizan en el lenguaje y evocaciones comunes que permiten. Se podría decir, parafraseando a Taine, que la vida social es una *alucinación compartida*. Pero a este respecto hay que hacer una distinción importante. No basta que una representación sea colectiva para que a su vez sea actuante. Es preciso, para conferirle un carácter dinámico, que sea también un objeto de creencia.

Tomemos el caso de una civilización desaparecida, por ejemplo, el antiguo Egipto. Los conocimientos acumulados por esta civilización, que hablando propiamente son representaciones colectivas, eran, sin embargo, letra muerta hasta el día en que Champollion logró decifrar los jeroglíficos.

Pero inclusive cuando las inscripciones faraónicas nos fueron accesibles, no puede decirse que estas representaciones colectivas hayan ad-

quirido una verdadera vida, porque se han conservado únicamente como asuntos de curiosidad o de erudición. Estas formas de un pensamiento olvidado interesan sobre todo a los historiadores. Apenas influyen en nuestra vida y nuestras creencias actuales.

Otro ejemplo nos ayudará a comprender mejor de qué manera las representaciones colectivas sólo viven cuando se convierten en creencias o reflexiones en el pensamiento de los individuos. Tal es el caso de la civilización antigua. En cierto día se extinguió. Pero cuando los hombres que preparaban el Renacimiento redescubrieron el arte y el pensamiento de los antiguos, no sucedió lo mismo que cuando se revivió el pensamiento de los asirios o de los hititas: los valores estéticos e intelectuales de la antigüedad fueron admitidos de nuevo en gran medida. Se hicieron parte integrante de la mentalidad de los hombres vivos y actuando a partir del Renacimiento, influyeron nuevamente la filosofía, la literatura, el derecho, las instituciones políticas, la arquitectura y las otras artes.

Aquí tenemos la prueba de que las representaciones colectivas, concebidas como independientes de los hombres concretos que les dan vida, son puras abstracciones. Del mismo modo, los hechos sociales de todos los órdenes no adquieren vida sino pasando por el pensamiento de los individuos. Inclusive lo que Simiand llama "fluctuaciones iniciadoras" y que resultan de la conjunción o modificación de las estructuras sociales, en particular de las estructuras económicas y del aparato técnico, no actúan más que si son percibidas, meditadas e interpretadas por hombres vivos. Carlos Marx por su lado ha mostrado también la importancia de la "toma de conciencia" de estas variaciones. En otro dominio, Delbrück y, más recientemente Fuller, ha mostrado que las nuevas invenciones en materia de armamento y de táctica, provocan acomodos en la organización del Estado, en la construcción de las ciudades y en la orientación económica.

Instituciones y mentalidades

La observación sociológica constata la existencia de dos hechos primordiales; las instituciones y las mentalidades. Las dos se corresponden estrechamente, porque las instituciones no pueden contradecir por mucho tiempo las creencias y los conocimientos de los hombres que rigen. Saint Simon estimaba que la principal distinción a introducir en la historia es la de "períodos *orgánicos*" y "períodos *críticos*." Los primeros se carac-

terizan por la armonía y la estabilidad; los segundos por la inquietud, el desorden y la subversión. Es sabido que el pensamiento de Saint Simon, como más tarde el de su discípulo y antiguo secretario Augusto Comte, se formó en la meditación de los acontecimientos que trajo la Revolución Francesa. Podríamos resumir su pensamiento diciendo que los períodos críticos se caracterizan por el *desacuerdo entre las mentalidades y las instituciones*. De aquí deriva el descontento, la inestabilidad política, y en general, la violencia, porque los dirigentes se esfuerzan por destruir mediante la coacción y la inquisición la mentalidad que contradice la organización vigente, o porque los propugnadores de esta mentalidad pretenden imponer instituciones más en armonía con sus concepciones.

Las mentalidades son el más sólido fundamento de las instituciones. Porque la estabilidad de las mentalidades es innegable. De todos los elementos constitutivos de la personalidad humana, es la más difícil de destruir o de modificar; porque la coacción puede actuar sobre el hombre, sobre sus conductas, pero no alcanza sus pensamientos; puede vencerse sin convencerse, subyugar sin persuadir. La conversión sincera a una doctrina cualquiera que ella sea es un hecho exclusivamente psicológico. Las peores violencias, como las persecuciones de Diocleciano, no pueden nada.

La mentalidad sobrevive a los cuadros locales y a las circunstancias exteriores. Cuando abandonamos nuestro país y emigramos a una región de civilización totalmente diferente, nos llevamos íntegramente nuestra mentalidad. Así acontece cuando un europeo va a vivir en China o en la India. Robinson Crusoe, en su soledad conservaba las creencias, los conocimientos, los hábitos y los gustos de la sociedad de que se había separado hacía mucho tiempo.

De todas las definiciones que se han propuesto acerca de la sociedad la más satisfactoria me parece: *una sociedad es un grupo de hombres de la misma mentalidad*. Y esta mentalidad no está creada ni por la vecindad, ni por la analogía física. Decir que los hombres tienen una misma mentalidad significa que tienen afinidades psicológicas, un sentido semejante de los valores (sobre todo de los valores estéticos), y un mismo ideal (en el sentido más amplio de la palabra).

Una mentalidad es doblemente estable, porque también lo es por su interior: cada uno piensa con una mentalidad determinada, y no podemos a voluntad cambiar de lógica, de creencias o de gustos. La psicología de las multitudes ha mostrado que la mentalidad se impone a veces cambios,

por contagio, como la cólera o el pánico, pero estos cambios sólo son temporales. El *remordimiento* y la *lamentación* señalan la vuelta a nuestra verdadera mentalidad cuando nos hemos apartado de ella por efecto de un brusco movimiento pasional.

Elementos constitutivos de las mentalidades

Lalande, en su “Vocabulario de Filosofía”, dice que la mentalidad “consta de un conjunto de ideas y de disposiciones integradas en un mismo individuo, enlazadas entre sí por vínculos lógicos y vínculos de creencia”.

Cuadros constantes de las mentalidades

Todas las sociedades poseen una mentalidad determinada. Importa pues investigar si existen entre ellas puntos comunes o inclusive constantes, y, de otra parte, en qué residen sus diferencias. Busquemos pues lo que hay de más general entre los hombres más diferentes.

Todos los hombres tienen una *moral*, en su sentido más amplio, es decir, creencias referentes a las relaciones de los hombres entre sí y a los deberes que se reconocen frente a las potencias sobrenaturales o a las que personifican o simbolizan para ellos la autoridad social. Dicho de otra manera, tienen todos una manera, específica de acuerdo con las épocas, los lugares y los grupos, de representarse la jerarquía de los individuos en la sociedad; tienen todos una concepción de la familia, de los derechos y de los deberes, una concepción de la cortesía, de las conveniencias, de las reglas jurídicas, etc. No existe sociedad sin una moral determinada que puede ser objeto de conocimiento y que la Sociología puede estudiar objetivamente como por ejemplo, lo han hecho Levy-Brühl o Westermarck.

Por otra parte, todos los hombres tienen una *cosmología*, es decir un cuerpo de explicaciones referentes a la manera como se representan el mundo, los seres y las cosas, su génesis y sus relaciones. Cualquiera que sea la civilización a que pertenecen, están en posesión de mitos, leyendas y ciencias más o menos perfectas por las cuales describen y explican la génesis del universo y el proceso de los fenómenos naturales. Poco importa que estos procesos se vinculen a causas primeras (como a la acción

de voluntades supraterrrestres o de principios metafísicos), o a causas segundas. La actitud psicológica es la misma: esfuerzo por conocer y explicar el mundo exterior.

Finalmente todos tienen una técnica, es decir, conocimientos relativos a las maneras de actuar sobre la materia, y un conjunto de conocimientos prácticos, de procedimientos operacionales y de oficios. Estos conocimientos presentan dos aspectos: el primero consiste en procedimientos empíricos, de los cuales algunos son casi puramente instintivos, que se encuentran entre los animales, como el hecho de arrancar, de golpear, de lanzar, de apuntar, etc. Al lado de estos procedimientos puramente materiales, existen representaciones explicativas que podrían llamarse la teoría de estas operaciones (una máquina es una operación materializada, solía decir Luis Weber). Desde luego que esta parte teórica se vincula frecuentemente con lo que hemos llamado la cosmología. Tal es el caso, por ejemplo, de las aplicaciones de la ciencia.

Estos procedimientos, rudimentarios o perfeccionados, por los que los hombres se esfuerzan por actuar sobre la materia con un fin utilitario inmediato, cumplen todos una función análoga; se les puede llamar genéricamente la técnica.

Moral, técnica y cosmología se encuentran en todos los hombres, tanto en las civilizaciones más primitivas como en las más complejas. Constituyen pues especies de *cuadros constantes* de la mentalidad.

Diremos pues que los hombres tienen la misma mentalidad cuando tienen una misma moral, las mismas creencias y una técnica análoga, dicho de otra manera, cuando los tres cuadros que acabamos de definir entrañan un contenido idéntico.

El *contenido variable* de estos cuadros constantes confiere a cada mentalidad su especificidad, y la comparación de estos contenidos es pues una de las tareas esenciales de la Sociología.

Contenidos de las mentalidades

El contenido de una mentalidad es el resultado del esfuerzo hecho en toda civilización por alcanzar el conocimiento más amplio posible de la realidad. Corresponde pues a la suma de conocimientos teóricos o prácticos adquiridos por una sociedad.

Las representaciones correspondientes a este conjunto son de dos clases: unas particularmente individuales. Traducen la cenestesia de cada uno de nosotros, los avatares de nuestra existencia; y sobre todo expresan la visión *parcial* de cada objeto, la que corresponde a nuestros intereses inmediatos, a la manera como nos afecta directa y personalmente. En una palabra es una visión particular, parcial y subjetiva, algunas veces inclusive momentánea.

Durkheim que ha comprendido mejor que nadie y expresado esta distinción, propuso llamar "idea" (entendiendo por ello idea particular) a estas representaciones. Las opuso a las nociones objetivas e impersonales. Esta vez no se trata ya de la idea que cada quien se hace de un objeto considerado, sino la *totalidad de las acepciones* contenidas en este objeto, con todas las explicaciones y nociones de cualquier naturaleza que se le vinculan. En una palabra, es el artículo de enciclopedia relativo a este objeto. Se trata en tal caso, siempre a tenor de la terminología durkheimiana, del *concepto* de una cosa cuyos caracteres distintivos son la impersonalidad, la estabilidad y la totalidad.

Tomemos un ejemplo: sea la noción de vapor de agua. Según nuestro conocimiento más o menos amplio de la física, por ser, por ejemplo, ingeniero, o por el contrario lego en estos asuntos, la idea que nos haremos del vapor de agua variará enormemente, en relación con sus propiedades y sus caracteres. Por el contrario existe una noción objetiva y óptima del vapor: consiste en el conjunto de conocimientos que poseen actualmente nuestras sociedades sobre este fenómeno, sus propiedades y el uso que de él se hace. Inútil agregar que esta noción objetiva no puede sernos presentada al espíritu en su integridad sino que es más bien una especie de bien común, de virtualidad latente y disponible.

Lo mismo acontece con las ideas morales o técnicas. Presentan todas una cierta elasticidad de individuo a individuo o de un medio a otro. Pero existe una noción óptima que reúne a la vez un máximo de objetividad y de comprensión. Corresponde frecuentemente en materia de moral a lo que se podría llamar el ideal. Como observa Durkheim, que adopta en este caso el punto de vista de Aristóteles, el ideal no es en modo alguno una noción lejana. Desempeña por el contrario el papel de un verdadero motor porque, conscientemente o no, influye sobre nuestras acciones. Se puede decir que la conducta de todos los hombres se regula en cada instante, y en todos los dominios, por relación a los ideales en que cree y a los cuales se esfuerza por aproximarse.

Relaciones lógicas de las representaciones colectivas

El contenido de la vida mental de un individuo no es un desordenado amontonamiento de nociones de toda clase. Desde la infancia, nuestra vida mental se organiza de una manera muy precisa, clasificando nuestros conocimientos y enlazándolos entre sí por relaciones lógicas de diferentes especies.

El origen de esta clasificación es social por dos razones: la primera es que la encontramos ya hecha; nos es enseñada, forma parte de la realidad social preexistente a cada uno de nosotros, como un legado común que encuentra cada hombre al nacer.

La segunda es que, como ha mostrado Halbwachs, los cuadros de la memoria¹ son la proyección en nuestro espíritu de las instituciones, de las relaciones sociales, de la jerarquía social, etc. Aun en el lenguaje corriente encontramos bajo forma simbólica la proyección de las instituciones sociales. Llamamos león al rey de los animales, oro al metal noble, etc.

La percepción no es un fenómeno automático. Es menester ante todo, para percibir un objeto que nos percatemos de él, es decir, que tengamos un mínimo de conocimientos que nos permitan reconocer y destacar este objeto en el conjunto de fenómenos que se desenvuelven ante nuestros ojos sin detención. Es sabido con qué facilidad nos pasan desapercibidos los hechos que ignoramos, y cómo nos inclinamos a desdeñarlos, y a no tomarlos en cuenta. La percepción consciente presupone una elección inconsciente.²

Pero cuando hemos percibido un objeto el trabajo psicológico apenas empieza. Es menester ahora que sea interpretado, clasificado, puesto en relación con el resto de nuestra actividad mental con nuestros recuerdos, con nuestra personalidad, etc. Por ello existe un cambio perpetuo entre lo que percibimos y lo que sabemos: de aquí se originan modificaciones insensibles, que, adicionadas, forman la opinión pública. Hace dos siglos que Vico señalaba, que, por los cambios aportados por el uso cotidiano a la significación de las palabras, el pueblo acaba por imponer

1 Durkheim ha sostenido, en su libro *Formas Elementales de la Vida Religiosa*, que las categorías de tiempo y espacio han sido también elaboradas por una especie de analogía sintética con la vida social.

2 El autor de este artículo ha intentado analizar este aspecto de la percepción en su libro *L'Invention*, ediciones Giard, Biblioteca Sociológica Internacional, París 1933.

su punto de vista, e indirectamente, beneficiarse aunque esté sometido a un poder absoluto.

Las categorías principales de la lógica social: lo sagrado y lo profano

¿Cuáles son pues las modalidades esenciales de esa clasificación?

Cuando se estudian las mentalidades, y cuando hemos pasado de los cuadros al contenido, pronto nos damos cuenta de que nuestras ideas, o más exactamente, la manera como las consideramos, entrañan dos actitudes principales: los *juicios de valor* y los *juicios de realidad*. Los juicios de realidad se limitan a constatar un fenómeno: así diremos que la nieve es fría, o que el cielo es azul. Se trata de una simple notación positiva. Por el contrario cuando decimos que “fulano de tal es bueno o inteligente” etc., agregamos a la simple constatación una apreciación; atribuimos a la persona o a la cosa que juzgamos un lugar en alguna de nuestras jerarquías: le atribuimos un valor y nuestra actitud no es la misma que cuando nos limitamos a constatar y nada más.

De modo paralelo a lo que podría llamarse las dos categorías psicológicas del juicio de valor y el juicio de realidad, vienen las dos grandes categorías sociológicas de lo sagrado y lo profano. Son esenciales porque corresponden no a clasificaciones abstractas o de orden puramente práctico, sino a nuestra vida moral misma y a la jerarquía de nuestras ideas.

La idea de lo sagrado es una noción muy compleja; porque las cosas en sí mismas no son ni sagradas ni profanas. Es en relación a nosotros, en relación a la sociedad en que vivimos, en relación a nuestra persona como se clasifican las cosas entre estas dos categorías.

No podemos hablar aquí de todas las teorías y explicaciones que se han dado respecto a la noción de lo sagrado. Lo sagrado es esencialmente aquello que provoca en nosotros sentimientos de emoción respetuosa, lo que nos parece superior a la existencia humana y, en parte o en todo, substraído a nuestro poderío, es decir, más allá de la técnica. *Res extra commercium*: así definían los romanos las cosas sagradas. Lo profano es por el contrario el conjunto de cosas sobre las cuales podemos poner la mano sin escrúpulos ni remordimiento.

Hay que observar sin embargo, que en cierta medida, la idea de lo sagrado está enlazada algunas veces al estado de nuestra técnica y de nuestra ciencia. Así por ejemplo, los antiguos miraban el relámpago y

el trueno como fenómenos de carácter esencialmente religioso. Una vez que hubimos encontrado la explicación física de estos hechos y que en una gran medida pudimos utilizarlos, han pasado al dominio de lo profano, es decir que no se enlaza ya a ellos ni respeto ni temor reverente. De la misma manera, con la desaparición de la esclavitud y la adopción de la doctrina de los derechos del hombre, la persona humana no es ya susceptible de apropiación privada.

De este modo, a tenor de las épocas y de las sociedades, la frontera entre lo sagrado y lo profano se desplaza. Entre los primitivos, lo sagrado tiende a invadirlo todo; bajo la forma de magia, como lo ha mostrado Luis Weber, paraliza inclusive el progreso técnico transformando las *operaciones* técnicas y materiales en ritos mágicos que está prohibido transgredir o modificar (este autor cita como ejemplo la fabricación de redes y trampas entre los primitivos, así como la de productos lácteos entre las tribus dravinianas de la India).

Desde este punto de vista el cristianismo, por su distinción entre lo temporal y lo espiritual, ha permitido poner fin a la parálisis del progreso técnico que detenían las supervivencias de la magia. La investigación científica y el progreso técnico han sido liberados y estimulados por esta fecunda distinción.

Formas de tránsito entre lo sagrado y lo profano

a) *el símbolo*

Existen formas de tránsito entre lo sagrado y lo profano, de las cuales la más importante es el símbolo. Frecuentemente, cuando la creencia en el carácter sagrado de un objeto se atenúa, se le sigue reverenciando a título simbólico. De este modo los fetichistas consideran como la divinidad misma cierta estatua, mientras que otros seguirán reverenciando esta estatua, pero a título simbólico, en tanto que recuerde y represente a nuestras creencias. Sucede lo mismo con todos los otros símbolos como las banderas, los emblemas, los uniformes, las insignias, etc.

b) *Los valores*

Entre estas dos categorías de lo sagrado y lo profano se colocan los valores. Constituyen, como hemos visto, una noción añadida a los obje-

tos. De la misma manera que las cosas no son en sí mismas ni sagradas ni profanas, los objetos, en sí mismos, carecen de valor y sólo lo adquieren en relación a nosotros, a nuestras creencias y a nuestras necesidades.

La existencia de los valores es un hecho objetivo, no sirve para nada discutirlos o negarlos. Si soy un hombre de mediocre moralidad, ¿puede ello impedirme decir de tal o cual persona que posee un alto valor moral? Si soy por temperamento poco sensible a los goces del arte ¿voy a negar que existen valores estéticos? Si no concedo ningún valor a una joya, ¿no estoy obligado a decir, a pesar de todo, “esta joya vale tal suma”? Todos estos valores existen pues, en cierto sentido, fuera de nosotros. De este modo cuando estamos en desacuerdo con otro sobre la manera de concebir y de estimar los valores, intentamos comunicarle nuestras convicciones. No nos contentamos con afirmar, nos esforzamos por demostrar, apoyando nuestras afirmaciones en razones de orden impersonal. Admitimos pues implícitamente que estos juicios corresponden a alguna realidad objetiva y que la comprensión puede y debe hacerse.

El dominio de lo sagrado se sustrae frecuentemente a la demostración. Nadie, dice Augusto Comte, ha podido demostrar la no divinidad de Apolo o de Minerva. Los dogmas son, por esencia, indemostrables experimentalmente. Los valores, por el contrario, soportan la discusión; se colocan en general en el plano de lo útil y lo agradable: son objetos de *deseo* y, siguiendo la expresión de Pareto de *ofelimitad*. Consideramos que lo que tiene un valor es bueno desde algún punto de vista. Lo que es bueno es deseable; todo deseo crea un estímulo interior; por consecuencia, los valores tienen un carácter dinámico; estimulan la investigación, la pesquisa, la invención que tiende a procurárnoslas.

¿Cómo evolucionan los valores? ¿Cómo se modifican? ¿Cómo se debilitan o desaparecen? Tales son, cuando se estudian los valores morales, las cuestiones más importantes que es preciso plantearse.

c) *Los valores económicos y sus variaciones*

Los valores cuyas variaciones es más fácil estudiar son los valores económicos. En primer lugar se colocan, de cierta manera, a mitad de camino entre los valores morales y los valores técnicos. Y además ofrecen la ventaja de ser mensurables puesto que se expresan, en general, en moneda, lo que permite comparaciones inmediatas.

Existen numerosas teorías económicas que se refieren al valor. Todas, por lo menos en lo que concierne al valor de cambio, están hoy dominadas por la teoría psicológica de la escuela austriaca, que hace derivar la noción del valor económico de la noción de necesidad, unida a la noción de rareza.

La noción de necesidad, que, por otro lado, dado su carácter psicológico, es de las nociones que menos han profundizado los economistas,³ corresponde a ciertos estados de carencia de nuestro organismo: el hambre, por ejemplo. Para explicar la noción de valor económico, se añade, a esta noción de necesidad, la idea de utilidad final que se enlaza a la de abundancia. Un producto, inclusive vital, tendrá un valor menor si disponemos de él en gran cantidad. Si habitamos en la orilla de un lago, ¿qué valor puede tener el agua?

Pero es imposible, cuando se habla de valores económicos, desentenderse del estado de nuestros conocimientos científicos y de nuestra técnica. Volvamos al caso del hambre: el hambre es evidentemente un estado orgánico que corresponde a la necesidad de absorber alimento. Pero la elección de ese alimento dependerá esencialmente de nuestras creencias. Creeremos o no que tal o cual alimento ofrece un valor nutritivo e higiénico. Las costumbres, las modas y la ciencia contribuyen pues a crear valores económicos. Los chinos por ejemplo, consideran como deliciosos ciertos insectos que a nosotros nos desagradan. Pueden también influirnos ciertas creencias médicas; así se ha señalado que la raza de los rinocerontes negros está amenazada de una destrucción completa en Africa. Las encuestas realizadas en torno a este asunto han revelado que su matanza es debida al hecho de que los nativos atribuyen al cuerno de los rinocerontes propiedades medicinales muy raras. Ese cuerno se vende a un precio fabuloso.

Esta influencia de la técnica sobre el valor, se patentiza de modo más claro cuando se trata de materias más complejas. Todos sabemos que el agua de mar carece de valor. Sin embargo, ciertos objetos pueden adquirir de pronto un valor económico considerable si el progreso de la ciencia permite servirse de ellos para fines útiles. Es el caso por ejemplo, de ciertas arcillas, de las que hoy se extrae el aluminio. De la misma manera los minerales de hierro fosforoso, que constituyen la fortuna de ciertas

3 Un economista italiano observaba recientemente que de 79 tratados de Economía Política, sólo 17 habían juzgado útil definir la necesidad.

regiones, han sido hasta una época muy reciente inútiles porque no se les sabía aprovechar.

También puede observarse el fenómeno inverso. Algunos productos, considerados como riqueza, pueden perder una gran parte o la totalidad de su valor porque se deja de creer en su utilidad o porque el progreso de la técnica permite substituirlos por otros más fáciles o económicos de producir.

A esto se le llama la *ley de la substitución*; permite explicar un gran número de hechos económicos, y su importancia es también muy grande en la sociología dinámica.

Tipología de las mentalidades

La necesidad del estudio de las mentalidades primitivas

Es de presumir que existen tipos de mentalidad muy numerosos. Pero la determinación de estos tipos que permitiera llegar algún día a una clasificación racional debe ser precedida de investigaciones y análisis muy numerosos, así como lo más complejo que sea posible, siguiendo la regla cartesiana de las divisiones.

La etnología, la historia, la geografía humana, la economía política descriptiva, la psicología, la historia de la literatura y la filosofía, la epistemología, etc., concurren para proporcionarnos los materiales necesarios para un estudio comparado de las mentalidades. Pero es importante subrayar que los primeros "inventarios" completos de las mentalidades se han hecho sobre las mentalidades primitivas.

¿Por qué? Porque vale más estudiar casos extremos y porque se encuentran, en las sociedades primitivas, bajo formas arcaicas, resumidas y embrionarias, los elementos esenciales de las instituciones y de las actividades que existen en las sociedades más complejas. Muchos sociólogos han considerado que las estructuras sociales y mentales primitivas eran las formas originarias por las que todas las sociedades habrían pasado. Otros por el contrario han pensado que muy bien podrían representar no un estado de infantilismo, sino a la inversa, una decadencia. "Es probable, escribe Herbert Spencer, que la mayoría de los primitivos, si no es que todos, han tenido ancestros que habían alcanzado un estado superior, y se encuentran entre sus creencias ideas que fueron elaboradas en aquel estado superior" Conocemos también casos de regresión

manifiesta. Así las llanuras de Mesopotamia, que habían sido centros de alta civilización, fueron de tal manera arruinadas por las invasiones mongólicas que no subsisten en ellas sino algunas tribus nómadas. En una palabra, las mentalidades de los primitivos no son siempre y necesariamente mentalidades primitivas. No podemos afirmar que hayan quedado incommovibles a lo largo de su historia. La hipótesis contraria parece ser más exacta. Pero cualesquiera que sean las fluctuaciones por las que hayan pasado, algunas de estas mentalidades representan probablemente el grado más bajo de las representaciones colectivas, el mínimo de una sociedad desheredada que no podría ser rebasado sin caer la sociedad en la animalidad.

Tomaremos pues el término de primitivos en el sentido de hombres cuya mentalidad corresponde a formas sociales muy alejadas de las nuestras y a una técnica muy somera. Pero inferior no significa necesariamente anterior. Se trata de un hecho puramente experimental.

Subrayaremos además que los rasgos principales del pensamiento primitivo frecuentemente están latentes en las sociedades más avanzadas. Los niños redescubren las formas primitivas del razonamiento. Los adultos ignorantes o debilitados por la pasión o la enfermedad se inclinan con frecuencia a la magia y a las supersticiones. Porque lo natural y espontáneo no son los principios racionales. Muy por el contrario: la razón no es un punto de partida sino punto de llegada, se adquiere laboriosamente y el hombre no se mantiene en ella sino por un esfuerzo continuado.

La lógica y el razonamiento primitivos

El primitivo no razona falsamente. Son los principios a partir de los que razona los que son falsos; pero las deducciones que saca de estos principios son perfectamente correctos. El razonamiento primitivo peca pues de un *exceso de lógica*. Se puede decir incluso que lo que caracteriza al pensamiento primitivo es una creencia abusiva en las virtudes del razonamiento *a priori* de la lógica deductiva que aplica por instinto pero con un rigor sin paralelo. *El primitivo, como muchos de nuestros contemporáneos, cree que las leyes del pensamiento son las mismas leyes que las de las cosas.* Cree que puede prescindir de la observación paciente y encontrar en sí mismo, por puro razonamiento deductivo, la explicación y la clave de todos los fenómenos. Cree que la lógica y la dialéctica reem-

plazan a la experiencia. De la misma manera cree que la magia le dota de poderes inmensos directos e inmediatos sobre todas las cosas.

Las diferentes escuelas de sociología etnológica, sobre todo las de Frazer, de Lubbock, Westermarck y Levy-Brühl han intentado destacar las características del pensamiento primitivo. Este último ha formulado verdaderas leyes que resumen su manera de pensar.

He aquí los principales ejemplos. Si se admite, como el primitivo lo admite, que las cosas que una vez han estado en contacto permanecen unidas (ley que Levy-Brühl llama de *contigüidad*), es lógico considerar que fragmentos desprendidos del cuerpo de un individuo, como sus uñas o sus cabellos, pueden servir para alcanzarle o actuar sobre él a distancia. (Más aún, el primitivo cree muy frecuentemente que los signos que permiten evocar una persona, como su nombre o su retrato, son parte de ella en el sentido material de la palabra. Existía, inclusive en la antigüedad clásica, la práctica del nombre místico y secreto, que permanecía escondido para todos, de manera que se impidiera cualquiera acción mágica. Roma poseía un nombre "verdadero" sólo conocido por los grandes pontífices, y tan oculto que se ha perdido). Igualmente los primitivos tienden a *confundir el símbolo y el signo con la cosa significada* y a creer que "lo semejante produce lo semejante."

Por su parte las formas de razonamiento entrañadas en los procesos de magia corresponden exactamente a los principales sofismas de la lógica clásica que consisten principalmente en tomar la parte por el todo (*pars pro toto*); a vincular por un enlace causal dos hechos sucesivos (*post hoc propter hoc*) y a deducir hasta el extremo las consecuencias de una relación de causalidad simplemente afirmadas (*non causa pro causa*). Un ejemplo (citado por Frazer) nos permitirá ilustrar este método. Los reyes de Dahomey tenían la costumbre, en casos graves, de consultar a sus ancestros. Con este propósito, un alto dignatario, muy envidiado por esta misión de confianza, era sacrificado con gran solemnidad frente a toda la corte reunida. A continuación debería venir en sueños a comunicar al rey el resultado de su embajada. Esta conducta se deduce muy correctamente de algunas creencias referentes a las modalidades de la vida futura y de la naturaleza del sueño. No hay absurdo ni horror, decía Bergson, que no pueda demostrarse con la pura lógica.

El equilibrio interno de las mentalidades

Mucho antes de que se precisara esta teoría de las mentalidades, los sociólogos habían mostrado que los procesos de pensamiento actuante no podían ser separados de las representaciones colectivas y de las categorías entre las que se reparten. Para Tarde, la lógica social está fundada sobre nuestras relaciones de creencia con cierto número de principios que gobiernan, en tanto que son vigentes, nuestros pensamientos y nuestras acciones. Pareto, con otra terminología, ha sostenido puntos de vista semejantes. La estadística moral y la técnica de la encuesta, de Quetelet a Nicéforo y al informe Kingsley, que tienen un gran lugar en la psicología social actual, se esfuerzan por medir la fuerza de las tendencias y de las inhibiciones, es decir, en último análisis, los *coeficientes de intensidad* de nuestras diferentes creencias. Lo mismo sucede con la técnica de la investigación empleada por Le Bras, en sociología religiosa.

Pero estas consideraciones no se aplican sólo a los principios fundamentales. La mentalidad es, de punta a cabo, una *construcción lógica*. Todas las nociones, los conceptos y las ideas que la constituyen se demuestran entre sí. Están enlazadas por vínculos de interdependencia, de imbricación, de principio a consecuencia, y de no contradicción. Y esto nos pone en camino de definir dos capítulos muy importantes de la Psicología Social concebida desde un punto de vista dinámico. El primero se refiere a la *clasificación de las mentalidades*, y el segundo al estudio de sus *variaciones*.

Las variaciones de las mentalidades son el resultado de meditaciones conscientes o inconscientes en el curso de las cuales se produce un inevitable proceso de reequilibración de nuestros conocimientos, de su mutua armonización. Se producen por lentas modificaciones, o por conversiones bruscas, en el curso de las cuales surge súbitamente a la luz la conclusión de una elaboración inconsciente. Los conocimientos recién adquiridos, al igual que los hechos o acontecimientos exteriores vividos o conocidos por nosotros, concurren a este proceso. Estas novedades se ponen en contacto con nuestros conocimientos anteriores, a los que confirman o contradicen. De aquí se siguen modificaciones de nuestras opiniones, y a veces, una verdadera invención de nuevos valores. Cuando estas variaciones se producen de modo análogo en un gran número de individuos, se suscitan corrientes de pensamiento que se van ampliando por la imitación, el contagio mental y la propaganda. El hecho

más importante en la elaboración de la opinión pública reside en la creación de estas síntesis mentales de que se desprenden resultantes que constituyen la mentalidad media de una sociedad.

Las variaciones de las mentalidades

Las transformaciones de las mentalidades se ejercen siempre en su punto de partida sobre uno de los principales apartados, o "cuadros" que hemos delimitado en las páginas anteriores. Según las épocas y las circunstancias, las invenciones o las imitaciones, o bien se transforma la técnica en primer lugar, o bien se modifican las creencias morales y la cosmología.

Según las épocas, vemos que tal o cual tipo de invención adquiere un carácter primordial, es decir precede a las otras. Según las épocas o los lugares vemos que la actividad creadora se inclina principalmente sobre los problemas morales, los de la ciencia o las creaciones de la técnica. Bergson y Luis Weber estiman que lo peculiar de nuestra época es nuestra indigencia moral en relación con la riqueza de creaciones en el dominio técnico.

Pero es raro y casi imposible que la variación iniciada en uno de los cuadros no produzca tarde o temprano cambios en los otros cuadros. Porque no hay separación estricta entre ellos, sino que se interpenetran e influyen sin descanso. Un ejemplo notable es el de países en que la autoridad ha introducido la técnica occidental a la vez que pretendido preservar intactas las formas de pensamiento tradicional. Ni las prohibiciones, ni las amenazas han podido impedir que esas formas se alteraran. Porque el empleo de la técnica por sí sola pone en obra modos de razonamiento, de análisis y de conducta que se extienden a todos los otros dominios.

La Psicología Social es esencialmente *intermental*, se aplica a describir los modos de relación y de actividad mental del hombre en tanto que miembro de un grupo, así como las formas de interacción psicológica tales como la educación, los fenómenos imitativos, la coacción, la sugestión, la conducta de las multitudes, las modas y las costumbres, etc.

Pero el punto de partida de estas investigaciones es el *estudio comparado de las mentalidades*. Porque como hemos visto, el sujeto y el objeto a la vez de la Psicología Social es el hombre con una mentalidad dada. Es ella la que constituye el vínculo social por excelencia, quien determina

las afinidades o las repulsiones. Y por otra parte, el problema por excelencia de lo que Augusto Comte llamaba la dinámica social, es el de las modificaciones que se producen en las mentalidades. Porque estas modificaciones son, según las circunstancias, el punto de partida o de llegada de las variaciones sociales.